

un truco Muñoz-Secano o un escamoteo con sal,—a elegir—.

He ahí por qué me he impuesto la árdua tarea de volver por sus fueros, lanza en ristre. (A través de los siglos, la leyenda de Quijano y Dulcinea perdura y se realiza.)

Sin que esté a mi alcance precisar desde cuándo—la Historia de Huércal-Overa «se hace» la sordomuda a este respecto—, puedo aseverar que es antiquísima, y profundamente arraigada, por desgracia, la fementida costumbre de que una legión de iracundos ciudadanos huercalenses comience a disparar nutrido tiroteo de imprecaciones, denuestos y anatemas contra nuestra inofensiva Feria, tan pronto como ven aparecer, en sus respectivos calendarios, la primer fecha de Octubre.

Quién, con esotéricos designios, balbuce apenas que «la Feria no va a valer nada este año». Quién, sin dar paz a la lengua, propala por doquiera que «aun no han empezado a confeccionar el programa». Alguien afirma que «el Ayuntamiento no encuentra empresa que construya las casetas». Cuáles murmuran que «la Banda Municipal—que, por cierto, no existe—necesita un bombo». Otros, en fin, tienen la certidumbre de que «se ahogaron en el Canal de Carlos III todos los feriantes que hubo el año pasado, a los ocho días cabalmente de ausentarse de Huércal».

Sin lacerantes estrujamientos del cerebro, comprenderá el sudolector que toda esa copia de argumentos es una puerilidad que nos hace sonreír despectivamente a las personas íntegras.

Sí, señores, sí—permitidme que lo proclame, que lo grite a pleno pulmón—; esos argumentos son una puerilidad, una majadería, una burda invención de cuatro o más acérrimos calumniadores.

Sí, señores, sí; el broncíneo cronómetro de la Justicia—único o quien el Gobierno no ha osado mover el minutero—marcando está la hora de que nuestra Feria resurja del obscurantismo a que la han, taimadamente, sometido y vuelva, como en sus años mozos, a triunfar y a reír a carcajadas estridentes, con la risa cascabelera de una Co-

lombina ebria de luz, de «confetti».. y de champán.

¡Ah! ¿Pues qué pensaban tan empedernidos lenguaraces? ¿Que no habría en todo el polígono huercalense quien les saliera al paso? ¡Vive Dios que en mi próxima crónica, donde daré gloriosa cima al **Elogio de la Feria**, he de tundirlos a razonamientos irrefutables, tales como algún que otro axioma pitagórico.

Y, si alguno se da por aludido..., ¡en el calderón lo aguardo!

JULIÁN JIMÉNEZ

El espíritu de la Post-guerra

A la gran guerra que agitará los Estados europeos, sucedió, un periodo—post-guerra,—en cuya infancia tuvo lugar el nacimiento de los gérmenes progenitores del actual estado social.

El bacilo innovador que tal germen contenía, como incubado en el periodo álgido de la lucha, hereda de la misma el espíritu de la inquietud, y, lejos de avenirse a la inacción que la paz lleva consigo, despliega sus actividades, comenzando por infiltrarse en el sér de los mismos pueblos que le dieran vida para obligarles a realizar el gran cambio de los viejos y estrechos moldes, entre los que se desenvolviera la vida de otras épocas, por otros de mayor amplitud y extensión, dentro de cuya órbita, más dilatada, había de tener cumplida efectividad una vida más libre e independiente, más cómoda y placentera, a la vez que menos cohibida por sanciones y prejuicios sociales.

La causa eficiente de la transformación social es bastante conocida para insistir excesivamente, en ella, y no lo son menos los elementos que colaboraron a su realización práctica. Todo predisponía a la innovación, tanto el estado material como el moral de los pueblos combatientes.

Por una parte el organismo social, convaleciente de las lesiones que durante la guerra sufriera, carece de vigor somático para ofrecer resistencia al bacilo de reforma (única hipótesis en que la

transformación, pudo no haber tenido lugar.) Más aun contribuía, por otro lado, el estado psíquico de los pueblos luchadores y la necesidad imperiosa que sentían de observar en lo sucesivo una vida mejor, como compensación al malestar físico y espiritual de años anteriores.

Y al efecto de hacer prácticos sus propósitos comienzan por abrir la gran válvula de escape, por donde dan salida a tantos deseos y privaciones contenidos durante tanto tiempo, surgiendo la bienhechora guerra espiritual contra las viejas costumbres, contra las instituciones arcaicas, contra el ritualismo y contra todo, en suma, lo que siendo inútil y enemigo del progreso embarazaba sobre manera la consecución del ideal apetecido, encarnado, como digo en la observancia de una nueva vida.

Y no se diga que el cambio radical es morboso, como resultado de la locura a que se entregaron durante varios años los Estados partícipes en el mundial combate, no: la historia de los pueblos sale al encuentro de los que así opinan, mostrando con prodigalidad ejemplos de la frecuencia con que las colectividades, bajo el agobio de un sufrimiento, verifican el tránsito del dolor al placer, cuando más perfecta es su psiquis y cuando más conscientes son de tal obra.

He aquí los materiales y el diseño con arreglo al cual se eleva el novísimo y flamante edificio social. Elevados fueron los propósitos que presidieron su formación, y es de lamentar que no fuese unánime la apreciación de sus bondades; frente a los obreros de la nueva obra social que, orgullosos de su labor, predicaban sus excelencias surgieron los que sistemáticamente, y al igual que el poeta «cómo a nuestro parecer—cualquiera tiempo pasado—fué mejor», para los cuales el estado social que la guerra creara es la antesala de la depravación y de la inmoralidad, es la enfermedad que aqueja a la joven sociedad, necesitando de sus campañas contra su propagación como terapéutica adecuada.

Pero la hermética sabiduría que rige los destinos del mundo, y que por cierto no contrasta con